

CINE TEATRO

BUÑUEL Y LOS

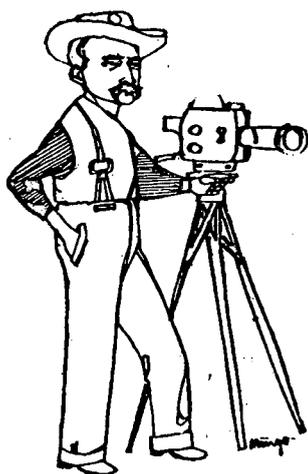
JESUS M. AGUIRRE

"Buñuel es un burgués regionalista, de ligaduras indestructibles con su patria chica. Buñuel es un mentiroso tremendo, un amigo impar, un ateo preocupado por la religión católica, apostólica y romana. Perdió la fe al dejar el colegio de jesuítas y no la ha recobrado jamás". (MAX AUB.)

EL FANTASMA DE LA LIBERTAD

Acaba de presentarse en un círculo de periodistas "El fantasma de la libertad" de Buñuel. De ese Buñuel, que al final de cada película propone retirarse del cine. Se trata de otra de sus inmensas tomaduras de pelo con sus constantes surrealista, religiosa y erótica.

Desde la reconstrucción histórica del cuadro "Los fusilamientos del 2 de mayo" de Goya salta a un parque del París actual. Pero ya el golpe de guantelete de una estatua nos pone sobre aviso en torno a las reglas de juego que va a seguir. Se asocian arbitrariamente (hablaríamos de automatismo síquico si no fuera porque Buñuel prepara minuciosamente cada detalle) una serie de secuencias en base a unas digresiones articuladas por personajes secundarios. Cada secuencia es una especie de greguería historiada con humor subversivo sobre los burgueses, religiosos, profesores, policías, jueces. En síntesis, la visión satírica



de una sociedad "desordenada con orden".

Dos claves, una sonora ("¡Viva la libertad!" escuchada al comienzo y al final con un trasfondo de disparos) y otra visual (el cuadro de Goya, primero en la presentación y después colgado en una oficina policial) son las únicas pistas claras para interpretar los significados ocultos de un Buñuel, que detesta el cine didáctico—incluido el político—y afirma reiteradamente que no se propone demostrar nada con sus películas.

A los 75 años se trata del mismo Buñuel de "El perro andaluz" (1928) y "La edad de oro" (1930), fiel a todos sus fantasmas, aunque ahora expresa con humor lo que antes decía con violencia.

Para no repetirnos sobre un personaje y obra de los que se ha escrito tanto, tan sólo vamos a referirnos a un aspecto de su vida y de su obra relacionada con el "jesuitismo" que tan irónicamente critica en esta última obra.

EL CONGREGANTE MARIANO

Según el mismo Buñuel las dos cosas que más han influido en su vida son: "la educación con los jesuítas y el surrealismo". Incluso no se recata en decir en una entrevista al P. Valentín Arteta, jesuita, que "guarda un gran recuerdo del Colegio del Salvador de Zaragoza, un recuerdo doloroso al mismo tiempo, por la ansiedad de su adolescencia". (En una posterior visita

al colegio se llevó una decepción al encontrarse una señorita que atendía la portería en vez de un "Hermano venerable").

También ha reconocido en otra oportunidad que "sólo los surrealistas pudieron liberarme de aquella influencia", pero añadiendo: "¡Y quién sabe! Nunca olvido que mi infancia estuvo repartida entre un profundo erotismo sublimado por la fe y la conciencia de la muerte".

Cuando su biógrafo J.F. Aranda visitó el colegio, el Rector le enseñó las notas de Luis: en una hoja consta un premio accésit de conducta, una mención honorífica en francés y latín y buenas notas en piedad, urbanidad, aliño; sus notas más bajas son las de matemáticas. También el Rector le dió la exquisita fotografía de Luis vestido de la imagen de la Inmaculada Concepción en la Congregación Mariana. En efecto no sólo perteneció a la Congregación sino que incluso formó parte de la Junta. El mismo Rector—entonces compañero suyo de estudios en el último año del bachillerato, aunque ya en el Instituto Oficial—lo recuerda como un muchacho serio, con la característica destacable de ser más corpulento e ir mucho mejor arreglado que la mayoría de los otros chicos: "nosotros lo envidiábamos porque era casi un hombre, lo cual deseábamos todos".

En su autobiografía inédita del Museum of Modern Art de Nueva York comenta: "Mis ocho años con los Padres Jesuítas sólo aumentaron estos sentimientos en vez de disminuirlos". ¿A qué sentimientos se refiere? Precisamente a los de su niñez: "Creo necesario decir (ya que ésto explica en parte mi modesto trabajo posterior) que los dos sentimientos básicos de mi niñez, que permanecieron dentro de mí hasta la adolescencia, fueron el de

JESUITAS

un profundo erotismo, al principio sublimado por una gran fe religiosa, y después la perfecta conciencia de la muerte. Sería muy arduo analizar las razones. Baste decir que yo no podía ser una excepción entre mis compatriotas, ya que ésta es una característica muy española, y nuestro arte, exponente del espíritu español, está impregnado de estos dos sentimientos. La última guerra civil, peculiar y feroz como ninguna, lo explicó duramente”.

El mismo resume el final de este primer y largo encuentro con los jesuitas: “Perdí la fe a los diecisiete años, pero siempre recuerdo con emoción ‘aquestos tutelares muros’. Aun perdida la religión he seguido los dictados de mi conciencia. Tengo 66 años y espero seguir escuchándolos hasta mi muerte”. (Carta al P. Domínguez de Vidaurreta, 1966).

LA CRITICA DEL JESUITISMO

A un espectador avisado no se le escapa que en una de las escenas más escabrosas de “El fantasma de la libertad” hay una crítica mordaz de un personaje, que sin ser jesuita, bien pudiera tipificar el “jesuitismo”. No es la primera vez que Buñuel alude a lo jesuítico. Recuérdese que incluso en “La Vía Láctea” el P. Billard, un jesuita, aparece en duelo con un jansenista sobre la gracia divina y la libertad. Pero ahí la referencia viene en parte exigida por la anécdota histórica y no tanto por la preocupación del personaje. En cambio esta vez en la secuencia llena de humor y socarronería en que el “azar” reúne en una posada de campo cuatro carmelitas, una pareja de baile flamenco, un sobrino con su tía y la enfermera que los llevó a la posada, aparece un personaje sado-masoquista con



unas reminiscencias jesuíticas obvias.

Su nombre “Juan Berchmans”, su origen belga, su traje negro, su comentario frente a los monjes: “menos mal que no son dominicos”, su carácter de negociante, combinado con su estilo diplomático, suscitan por asociación la imagen del joven santo jesuita Juan Berchmans de origen flamenco que, sin duda, fue a menudo propuesto a Luis, como modelo de congregante. El cine reactivo de Buñuel provoca una repulsión visceral contra esa imagen del jesuitismo, condensación de todo lo que expresa reglamentación, represión, formalismo masoquista. Tipológicamente Juan Berchmans, en la versión cinematográfica, es la antítesis buñueliana del hombre intuitivo, espontáneo, rebelde a los formalismos, liberal y machote, abierto al misterio y a la aventura.

Si en todo hombre la infancia tiene una importancia decisiva, en el caso de Buñuel, surrealista, para quien la vida se desenvuelve entre el surgimiento de significaciones arcaicas pertenecientes a la infancia y la aparición de figuras anticipadoras de una aventura humana, las exploraciones de su infancia y de su matriz hispánica son determinantes de su expresión artística.

Siendo como es Buñuel, no cabe duda de que está lejos de una mentalidad enciclopedista a la francesa o de un ateísmo racionalista y anticlerical. Al contrario afirma jocosamente: “Mi odio a la ciencia y

mi horror a la tecnología, tal vez me harán volver a esa absurda creencia de Dios”. Por eso Buñuel es un cineasta religioso en su incredulidad. Si es increyente —entre otros motivos— es porque comenzó a perder la fe por la idea del infierno y porque, como dice él, “si aceptamos la existencia de Dios está todo explicado”. Se acaba el misterio de la vida.

Buñuel congregante, se liberó de la religión reaccionando con violencia, de la misma manera que Buñuel, hijo de la burguesía latifundista, reaccionó contra su clase. Para entender a este ateo “por la gracia de Dios”, que hubiere deseado vivir el “ambiente espiritual de la Edad Media” nada mejor que una de sus bromas para terminar. Dice que antes de morir pedirá la presencia de un sacerdote sólo para molestar a su amigo anticlerical J.I. Mantecón.

